

¡Espárragos en apuros!



Carmen de la Rosa

ilustraciones: Jaime Lacalle Castillo

Editorial Weeble

<http://www.editorialweeble.com>

¡Espárragos en apuros!

Autora: Carmen de la Rosa

carmen.delarosa@goya.eu

Ilustraciones: Jaime Lacalle Castillo

Biblioteca de Miss McHaggis

missmchaggis@gmail.com

Patrocinador:



CONSERVAS ANGEL RIA S.A.

© Carmen de la Rosa

© 2014 Editorial Weeble

info@editorialweeble.com

<http://www.editorialweeble.com>

Madrid, España, marzo 2014



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0

La autora: Carmen de la Rosa

Ha publicado las novelas El Al-Mizar (Almuzara, 2011) y El inglés de Serón (Círculo Rojo, 2012), y es autora de otras tres inéditas, así como de una colección de cuentos infantiles y un libro de relatos.

Tiene un blog culinario, fruto de sus estudios de gastronomía en Le Cordon Bleu de Londres y de su experiencia como chef en la agencia de publicidad GoYa!, que creó hace una década en la localidad alemana de Heidelberg, donde reside actualmente.

Licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid, realizó dos años de Doctorado y un curso de Relaciones Internacionales en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid. Obtuvo la licencia de piloto privado y el título de profesora de danza española en el Conservatorio de Murcia.

Nació en Sevilla, en una familia de la burguesía rural. Viajera impenitente, conoce Europa y parte de América y África, y ha vivido en Sevilla, Almería, Múnich, Hamburgo, Dusseldorf y Londres.

El ilustrador: **Jaime Lacalle Castillo**

Jaime tiene 11 años y junto a sus hermanos trillizos Dani y Pablo recomiendan libros infantiles en su blog La Biblioteca de Miss McHaggis. Es nieto de la escritora Carmen de la Rosa.

<http://bibliotecamchaggis.blogspot.com.es/>.

A Jaime le gusta dibujar y jugar en el ordenador. Le encantan los libros de espías, de acción, de guerra y, por supuesto, los cómics.

www.yoquieroaprobar.es

Jago es un niño de Tudela de siete años al que no conozco pero su tío Carlos Ángel me ha contado que es bien guapo, deportista y cariñoso.

Carlota es hija de mi amiga Katia, una linda bebé alemana muy risueña.

En este relato, Jago y Carlota son dos estupendos amigos que luchan contra las adversidades para conseguir la Medalla de Oro de la Spargelfest de Schwetzingen.

*Para estos dos niños he escrito este cuento, y para las personas con discapacidad intelectual de **Anfas**, su equipo y colaboradores.*

*Y para difundir el magnífico **Espárrago Blanco de Navarra**.*

Carmen de la Rosa



<http://www.anfasnavarra.org/>

¡Espárragos en apuros!

Estaba todo preparado para el viaje a Schwetzingen cuando sonó el teléfono.

—Sí, soy Lydia. Dime, hermano (...) ¡No, no puede ser! ¿Es grave?

—.....

— Pero ¿bien de verdad? Por lo que más quieras, Carlos Ángel, no me engañes. ¿Cómo está Iñaki?

—.....

—Menos mal. ¡Ay, Dios mío, qué desastre! Y ahora, ¿qué hacemos?

—.....

—Pero ¿qué dices? ¿Jago y yo? ¿A Alemania? ¡Te has vuelto loco! Nada menos que a Alemania...

La furgoneta Mercedes quedó destrozada, siniestro total. Había mucha niebla y un camión, al entrar en la autovía, la machacó y la dejó hecha papilla. Mi padre, lleno de cardenales, se salvó de milagro, solo se rompió un brazo. Y mi tío Carlos se llevó un golpe morrocotudo en la cabeza, quedó inconsciente unas horas, y luego tenía dolores por todo el cuerpo. Los médicos les obligaron a los dos a permanecer un día en observación en el hospital.



Lucas

Yo estaba en la cocina cuando llamó mi tío con la funesta noticia. Mi madre se sentó a mi lado muy seria y, al rato de estar mirando fijamente las flores rojas del mantel, me dijo:

—Jago, te necesito. Salimos esta madrugada para Schew...Scheten..., bueno, para el pueblo de tu amiga Carlota. Aita y el tío Carlos no pueden conducir. ¿Podrías llamar a tus amigos de Anfas para que nos echen una mano? Tenemos que recoger los espárragos y dejarlos preparados en la caseta. Solo hará falta que los rociemos con hielo antes de salir. Es una pena que la vieja Volkswagen no lleve refrigeración para la carga. Así que abriguémonos lo mejor posible y marchemos bien temprano porque, ¿sabes, hijo? ¡Yo no me rindo!

—¿Que nos vamos en la vieja Reynoceronte?

—Me temo que sí. No podemos alquilar una furgoneta. Contamos con poco más de mil euros para el viaje. ¿Te atreves a venir conmigo, Jago?

Y tanto que me atreví, aquella misma madrugada estábamos de camino a Alemania. Rumbo a Schwetzingen, la ciudad de Carlota.

Carlota tiene trece años, pero parece mayor porque está muy alta, tiene el pelo rubio y los ojos azules, como yo. Es mi mejor amiga. Nos conocimos hace tres veranos en Irlanda, en un campamento para estudiar inglés. Nos entendimos bien desde el primer día, los dos lo pasábamos pipa en las marchas al monte, las pistas de tenis y la piscina, pero luego nos gustaba sacar un ratito cada día para los libros que nos habíamos llevado, escribir algún cuento o el diario de la jornada, y, sorpresa, un día descubrimos que a ambos se nos daba muy bien pintar. Ella dibuja unos cómics preciosos, tiene mucho sentido del humor. Mis relatos ilustrados son de lucha, de aventuras y extraterrestres. Dicen que no lo hago nada mal.

Durante el curso seguimos en contacto por correo electrónico, también nos enviamos sms y algunos fines de semana hablamos por Skype. Ella me manda los trabajos que hace en su taller de pintura, y yo me parto de la risa. Carlota es una chica estupenda.

El verano pasado, como no había dinero en casa para el campamento, hicimos un intercambio. Carlota vino a Tudela en Semana Santa, en la época de los espárragos, y yo la visité en verano.

Mi amiga vive en la ciudad monumental de Schwetzingen. Ella no es de campo, su padre es comisario de policía y su madre, diseñadora gráfica; trabaja en GoYa!, una agencia de publicidad de Heidelberg.

¡Qué bien nos lo pasamos! Me gustó mucho Alemania; las ciudades parecen sacadas de un cuento de hadas, de esos que te leen cuando eres pequeño. Los bosques y campos son tan verdes como los nuestros y las vacas, blancas y negras, se parecen a las navarras.

Y también nos lo pasamos genial cuando ella vino a Tudela. Salimos a pasear en bici, fuimos al cumpleaños de mi primo Mikel y a jugar al cuatro y medio en el frontón. Me acompañó una tarde a Anfas, la organización de

ayuda a chicos discapacitados donde colaboro. Le encantó conocer a mis amigos Fermín y Quiteria.

El Domingo de Pascua la llevamos a ver La Bajada del Ángel, una fiesta de mi pueblo muy antigua. Tiene más de tres siglos.

Carlota se quedó de piedra cuando un niño, vestido de serafín y suspendido a gran altura en una larga maroma movida por un torno, cruzaba como un rayo la plaza de los Fueros hasta llegar a la Virgen. María lleva la cabeza tapada por un velo negro en señal del inmenso dolor que siente ante la muerte de Jesús. Es muy emotivo cuando llega el Ángel y le quita el velo porque es un símbolo de la tremenda alegría que supone para la Virgen saber que su hijo ha resucitado. Entonces, todos los que llenamos la plaza a rebotar, aplaudimos y damos vítores.

—¡Qué emocionante! —se entusiasmó Carlota.

—Sí, le tenemos mucha devoción a esta costumbre tan antigua. Para los niños de Tudela es todo un honor representar al Ángel.

También la llevamos un día a ver los patos del río Urola, en Azkoitia, donde vive nuestra amama Benita, que es vasca. Mi hermana Julene se pasa horas contemplándolos, les lleva una cestita llena de pan. Carlota quedó encantada con Zuri, el gatito de mi tía, que es tan blanco como su nombre.

Aquella Semana Santa en la que nos visitó mi amiga alemana cayó en abril, justo cuando comienza la recolección del Espárrago Blanco. Durante esos días contamos con la ayuda de toda la familia y vamos de noche con luces y herramientas a nuestra suerte, que se llama La Mejana.



Nada más llegar a Tudela, la puse al tanto de mis amigos, de cómo iban mis estudios en la ikastola y de mi trabajo como recolector de espárragos, que fue lo más le picó la curiosidad. Así que yo me puse a hablar y hablar...

—¿Sabes? Las esparragueras pueden tener hasta ocho años de antigüedad. Las de dos o tres años dan pequeños espárragos de mucha calidad, aunque no tan vistosos como esos enormes que son tan apreciados por los que no entienden mucho de este tema. Nosotros producimos espárragos de la clase Blanco de Navarra de un grosor mediano. Cuando llega el momento de la recolección, en cuanto salen las puntitas de la tierra, sacamos el espárrago abriendo un hueco en el surco, y con muchísimo cuidado de no romperlo. Es un trabajo duro y tenemos que hacerlo de noche, antes del amanecer.

—¿Antes del amanecer?, ¿por qué? ¡Qué sueño!...

—Bueno, en tiempo de recolección nos vamos a la cama tempranísimo. Tenemos que empezar de noche porque los espárragos no pueden recibir la luz del sol, se volverían de color violeta y eso baja su precio en el mercado.

Y así, desvelados, seguimos charlando hasta que mi madre nos mandó a la cama. Le hablé del largo cuchillo que utilizamos y de que, una vez que llevamos los espárragos a casa, los metemos en agua helada para que se conserven mejor. Después los lavamos, cortamos y clasificamos. Y los colocamos bien ordenados en cajas de cinco kilos, que son las que se llevan los restaurantes, nuestros mejores clientes. Mis padres están muy orgullosos de nuestros espárragos El Reynoceronte Blanco. Cuidan de que estén bien formados, rectos y de que sus yemas aparezcan perfectamente cerradas. Son los mejores de Tudela.

—Me ha dicho tu padre que el año pasado ocurrió una desgracia...

—Sí. Todo iba bien, la cosecha iba a ser estupenda hasta que una mañana amanecieron las tierras encharcadas por la crecida. Aquella noche había llovido muchísimo y, como el Ebro iba llenísimo, cuando recibió las trombas de agua de los ríos que bajan de los Pirineos, se desbordó y anegó todo el valle. La abuela Rosita se echó a llorar, ella ha conocido muchas de estas catástrofes. Y sabe lo que significan: todo un año de trabajo perdido. Además, pilló a nuestra familia sin seguro de cosecha, mi padre no pudo contratarlo porque había comprado las robadas que vendía nuestro vecino; no podía desaprovechar la ocasión de ampliar La Mejana. Sueña con fabricar conservas, y algún día montar una industria para Julene y para mí.

Durante la semana que pasó con nosotros, Carlota nos ayudó con las vacas y las gallinas. Y le encantó la vida del campo, sobre todo la recolección de los espárragos. Decía que era mágico ver salir sus punticas blancas rompiendo la tierra, como estrellitas en un cielo muy oscuro.

Así que en cuanto llegó a su casa se puso a investigar sobre los famosos espárragos de Schwetzingen. A Carlota le gustan mucho, los come con patatas hervidas y salsa holandesa, pero nunca se había interesado por conocer su historia.

Me contó que en las excursiones que hacía con sus amigos en bici empezó a fijarse en los cultivos de espárragos, en las larguísimas líneas de caballones que cubren de plástico negro para que conserven mejor el calor. «Es maravilloso», me dijo, «como si el artista Christo hubiera empaquetado el campo».

Carlota está orgullosa de su ciudad, que tiene algunos monumentos bien curiosos. A ella, por ejemplo, le encanta la estatua de bronce en honor del espárrago que levantaron en la Schlossplatz, justo enfrente de la puerta de

entrada a un palacio impresionante y a sus preciosos jardines. Representa un puesto de espárragos con su vendedora y una niña de tamaño natural. ¡Y hasta con un perrito! No por nada Schwetzingen es el centro alemán, e internacional, del espárrago blanco.

Un día que pasó por donde está la estatua, tuvo una idea genial. Pensó que teníamos que llevar nuestros espárragos a la Spargelfest, la importante feria del espárrago que se celebra en su ciudad todos los años. Así que nos ofreció su ayuda y la de sus padres para inscribirnos, montar la caseta y llenarla de flores, como acostumbran allí. Me dijo que su madre tenía muy buen gusto para la decoración, que nuestro stand del Espárrago Blanco de Navarra sería el mejor de la feria. Y que nos llevaríamos la Goldmedaille, que es como el Óscar de los espárragos, y además tiene un premio en metálico de veinticinco mil euros. Al oír esa cantidad, los ojos me hicieron chiribitas y no tardé ni un segundo en contárselo a mis padres. ¡Lo que necesitábamos para pagar las deudas! Y además, el prestigio y los contactos que nos traería esa medalla de oro alemana.

Al momento nos contagiarnos del sueño de Carlota y, sin dudarlo, nos pusimos en marcha. Los espárragos habían salido perfectos, eran blanquísimos y muy sabrosos. Y en cajas de madera, en perfecto orden sobre hojas de helechos, iban a viajar a Schwetzingen. Todo estaba preparado, todo iba sobre ruedas cuando ocurrió el accidente. Así que no nos quedó otra alternativa, a mi madre y a mí, que cruzar Francia en la vieja Volkswagen para presentar El Reynoceronte Blanco, nuestra marca, al concurso.



Antes de cenar y de preparar el equipaje, fuimos a revisar la furgoneta, la que compró mi abuelo Ángel en los años 60 con enormes sacrificios. Menos mal que la tenemos siempre a punto y muy bien cuidada. Mis padres no quieren venderla porque en ella llevamos los espárragos a las ferias y mercados de los pueblos vecinos. Yo le tengo mucho cariño, ¡es tan bonita con el rinoceronte blanco pintado en la carrocería! La vieja Volkswagen es una atracción más de nuestro tenderete, nos trae buena suerte y muchos compradores.

De modo que, después de comprobar los niveles de aceite, agua y anticongelante, acomodamos las cajas bien apretadas para que no se movieran y las cubrimos con sacos de arpilleras. Luego sacamos todo el hielo que son capaces de almacenar nuestros arcones de congelación y lo esparcimos sobre los espárragos.

También de noche cargamos ya la maleta, más cuatro mantas, cojines y muchos bocadillos, bebidas, magdalenas, chocolate..., todo lo que necesitaríamos, para hacer el menor gasto posible durante el viaje. Mi madre preparó un enorme termo de café que nos duró hasta la frontera, y mi padre nos aconsejó desde el hospital sobre la ruta que debíamos seguir, la tenía muy bien estudiada. Para cruzar Francia es mejor tener claro el itinerario, que las autopistas son muy caras. Antes de irnos a la cama imprimí los mapas y todos los datos que nos dio.

Sonaban las cinco de la mañana en el reloj de la cocina cuando nos pusimos en marcha dirección noreste: destino, Alemania.



Yo iba de copiloto, tengo buen sentido de la orientación. Mi madre, que es fuerte y decidida, conduce muy bien; es segura y prudente, nada miedosa. De todas formas, la vieja Volkswagen no puede correr más de a cien por hora, y eso por autopista y en llano; cuesta arriba, no pasa de los ochenta ni aunque le des ánimos. A pesar de que yo empujo con todo el cuerpo y le grito: «¡Aúpa, Reynoceronte, que tú puedes!».

Recuerdo que hicimos la primera parada, para echar gasolina y estirar las piernas, a la altura de Zaragoza. Nos entonó el cafecito que llevábamos y nos comimos el primer bocata, que todavía estaba fresco y esponjoso. Los otros nos los zampamos ya a duras penas.

A las cinco horas de viaje, a media mañana, estábamos en Perpignan. Aunque había bajado mucho la temperatura debido una borrasca que se acercaba por el oeste, hacía un día excelente, despejado, casi sin viento, y la furgoneta respondía. Y nosotros, medio muertos de frío por la refrigeración, que iba a su máxima potencia, y sin imaginar los desastres que nos aguardaban a la vuelta de unas curvas, nos pusimos a cantar tan felices.

Nos duró poco la alegría. A la altura de Montpellier aparecieron unas nubes negrísimas por el norte, justo hacia donde íbamos. De pronto se nos echó encima una niebla cerrada que nos hizo parar tres veces en el arcén de puro miedo. Perdimos dos horas, y lo que era peor, el ritmo tan bueno que llevábamos. Y para colmo, empezó a llover con fuerza y yo empecé a sentirme mal, con una tos que no se me pasaba ni chupando caramelos.

Otra parada en Orange para repostar. Y para echarles un ojo a los espárragos. Menos mal que nos acordamos porque el hielo que les pusimos en la frontera se había derretido, y eso a pesar de que la temperatura exterior había bajado a catorce grados. Pero hacía más frío dentro. Total, que íbamos ateridos a pesar de que nos pusimos otro jersey, el anorak, dos pares de calcetines y las mantas sobre las piernas, mi madre sus mitones y yo los guantes de esquí. Más gorros de lana y bufandas. Parecía una expedición al Polo.

Un poco cansada de conducir con tanta lluvia, mi madre redujo la velocidad. A dos horas de Lyon, ya con el piloto rojo de la reserva, porque se nos fue el santo al cielo hablando de lo que nos esperaba en Alemania, paramos en una gasolinera con restaurante. Yo moqueaba, me dolía la garganta, no me sentía nada bien. Mi madre me obligó a tomar una sopa caliente, un goulash de bote que sabía a diablos, me dio dos aspirinas —lleva siempre un cargamento porque sufre migrañas— y me arropó en el asiento de atrás para que durmiera un rato. Se fue en busca de hielo y, bueno, ahí empezó el jaleo. ¡No había hielo! Al ver su cara de terror, los de la gasolinera nos aconsejaron salir de la autopista y entrar en un pueblito. ¡Anda que no dimos vueltas! ¡Y ni una bolsa! Al final, el dueño de un restaurante indio se apiadó de nosotros cuando le contamos que íbamos a un concurso de espárragos y que, si no los refrescábamos inmediatamente, se estropearían sin remedio. Nos dieron

todo el hielo que tenían almacenado y nosotros se lo agradecemos regalándoles una caja de nuestros Reynoceronte Blanco. Se quedaron la mar de contentos los de Chez Bombay.

Habíamos perdido un tiempo de oro. Pero mucho peor fue cuando al atardecer, cerca de Lyon, se nos paró la furgoneta. Mi madre quiso recuperar el retraso y la forzó, pisó hasta ponerla a 120. «Plaf, plaf, plaf», resopló la Reynoceronte Blanco echando un humillo de su color.

—¡Mamá! ¡Para, para, que se nos quema!

—Dios mío, lo que nos faltaba... ¿Y qué hacemos ahora, Jago?

—Aita me dio el teléfono de ADAC, me dijo que aunque no somos socios los llamásemos si nos ocurría algo, no te lo comentó para no preocuparte. Esperemos que hablen inglés. No llores, mamá, lo arreglarán pronto y total, pensábamos dormir en Lyon, ¿no?

Mi madre dejó de gimotear y el mecánico hablaba inglés, dos hechos muy reconfortantes. También nos tranquilizó que apareciera la furgoneta de asistencia de ADAC en menos de media hora. Enseguida nos dieron el diagnóstico: la junta de la culata se había calentado y tendrían que cambiarla en el taller, que estaba muy cerca. Nos aseguraron que, con suerte, tendrían lista la Volkswagen a media tarde. De nuevo a mi madre se le caían dos gruesos lagrimones y yo les expliqué nuestro problema: teníamos que estar en Schwetzingen a la mañana siguiente, bien tempranito. Llevábamos espárragos frescos, teníamos mucha prisa. Tanta pena les dimos a los franceses que a las tres horas teníamos la avería arreglada. Y 600 euros menos en el bolsillo. De modo que mi madre contó el dinero que nos quedaba y reemprendimos la marcha.



—¡Qué se le va a hacer! Nos queda suficiente para el peaje, la gasolina, unos cafelitos y sándwiches. Pero hijo..., ¡qué carucha se te ha puesto!

—¡Para, mamá, para,,. que vomito!...

Lo que nos faltaba, tenía una colitis terrible, me dolía mucho la barriga, me sentía morir.

Con dolorosos retortijones, para desaguar por arriba y por abajo, paramos varias veces en donde pillábamos. Mi madre me obligaba a beber mucho líquido, le daba miedo que me deshidratara. La pobre estaba muy cansada, se sentía casi tan mal como yo.

Por motivos económicos, más que por el retraso, nos olvidamos de la parada programada en un motel para dormir unas horas, de modo que dejamos a un lado Lyon y proseguimos a duras penas el viaje. Mi madre no podía más, se le cerraban los ojos. Así que para despabilarse, y cuidar a los espárragos, paramos en Mulhouse, una ciudad alsaciana.

Yo salí corriendo al lavabo y, mientras tanto, ella echó gasolina y esparció hielo sobre los espárragos, tan frescos estaban los muy puñeteros, mientras nosotros íbamos congelados.

Al salir del aseo vi a un chico alemán haciendo autostop que le preguntaba a un camionero si lo podía llevar. Pero el hombre iba con otro conductor y no tenía sitio en la cabina. Como el muchacho tenía buena pinta, no lo dudé un instante.

—Oye, por favor, ¿adónde vas?

—A Baden Baden.

—Justo en nuestra ruta. ¿Tienes carné?, ¿cómo andas de sueño?

—Pues sí, tengo carné y no, no tengo sueño. Llevo toda la tarde descansando en la gasolinera. Lo que quisiera es llegar esta noche a Baden Baden, se murió mi abuelo, ¿sabes?...

—¡Espera, espera, vengo enseguida!

Me fui corriendo en busca de mi madre para decirle que teníamos chófer, que ella podría dormir en el asiento de atrás. Le pareció que ni pintado, y además le gustó el chico que nos iba a llevar a Baden Baden mientras, al fin, descansábamos.

En cuanto el alemán se puso al volante nos quedamos groguis hasta que, al llegar a la ciudad de los famosos balnearios, todavía de noche, nos despertó nuestro chófer poniendo la radio a toda pastilla.

Le dimos mil gracias y una de nuestras cajas, y allá se fue tan chulo al funeral del abuelo con los espárragos de Navarra bajo el brazo.

Eran cerca de las seis de la mañana, estábamos a solo una hora de Schwetzingen, teníamos el tiempo justo para darnos una buena ducha antes de aparecer en la Feria. Respiramos tranquilos, Carlota me había enviado un sms cuando tuvimos la avería: «OK J, todo en orden, el stand ha quedado precioso. A falta de los espárragos. La inspección del jurado es a las 12. Buen viaje. Bss». De modo que nos fuimos a desayunar tan panchos. ¡Llegaríamos a tiempo, se acabaron los problemas!

Pues de eso nada. Nuestro gozo en un pozo. Una vez más se torció nuestro plan cuando, al salir del café con las bolsas de hielo, mi madre dio un alarido que ni en las películas de Drácula.

—¡¡La furgoneta!! ¡¡Nos han robado la furgoneta!!

Agobiada, revolvió su bolso y comprendió que no llevaba las llaves, ¡las había dejado puestas en el contacto! Dimos vueltas como locos por los alrededores de la gasolinera, cada vez más angustiados y cabreados. Preguntamos a todo el mundo, y nada, nuestra querida Reynoceronte se había esfumado. Era el acabose. Fin de la aventura del Espárrago Blanco de Navarra en Alemania.

Intenté llamar a Carlota. ¡Mi móvil se había quedado dentro de la furgoneta! ¡Qué desesperación! Ya no sabíamos qué hacer.

De pronto, se me encendió una bombilla. Le pedí a mi madre su teléfono y marqué mi número. Tres tonos de llamadas y, al fin, una voz de hombre en un idioma extraño, al que le pregunté en inglés:

—Hallo, hallo!, ¿quién es usted?, ¿con quién hablo?

El tipo me hablaba en un inglés macarrónico que casi no entendía.

—¿Y tú? ¡Ah! Eres el dueño de este cacharro, ¿verdad? Estupendo, quería hablar contigo.

—¡Dígame dónde la tiene! ¡Devuélvanosla! ¿No será una broma?

—Tranquilo, tranquilo, muchacho. Nada de broma, nos la llevamos. Seguro que nos la compran en Baden Baden. Aquí hay mucha afición por los coches

antiguos. Pero bueno, tres mil euros y vuelve a ser tuya. Nos viene mejor. Si no lo aceptas, venderemos también la mercancía, algo más conseguiremos.

—¡Tres mil euros! ¡Está loco! Oiga, cuide los espárragos, que se van a secar, es importante que les ponga hielo picado. ¡Por favor!...

—¡Ajá! Así que es importante la mercancía, ¿no? Pues entonces sube el precio. Digamos 5.000 euros, mocoso.

—Deje que hable con mi madre. No se vaya lejos. Y por favor, cuide los espárragos o no hay trato.

Mi madre me miraba expectante. «A ver cómo vamos a conseguir ese dinero», me dijo. Llamé a Carlota y, como era tan temprano, se puso su padre. Me dio instrucciones y al momento llamé otra vez al ladrón.

—Oiga, mi madre está de acuerdo pero necesitamos tiempo, tenemos que ir al pueblo a un cajero. Dentro de una hora nos vemos aquí, en la gasolinera, en la explanada. Y le repito que cuide los espárragos, si les pasa algo no habrá trato.

—Está bien, una hora. Pero te advierto que si noto algo sospechoso, te descerrajo un tiro. Y nos comemos tus espárragos con papas. ¿Lo has oído bien, mequetrefe? Así que nada de trucos. Te damos una hora. La furgoneta no la verás hasta que me entregues el dinero. Cuando todo esté en orden, mi amigo os la llevará a la gasolinera. ¿Entendido?

Lo entendí la mar de bien, ¡qué remedio! Y nos fuimos a la cafetería a esperar.

Eran las siete en punto cuando regresamos a la explanada. De pronto, un calvorota enorme, con barbas y muy mala pinta se nos acercó. Las piernas me empezaron a temblar mientras mi madre me apretaba la mano con todas sus fuerzas. Ella tampoco tenía buen color.

Ya a tres metros del ladrón, dispuestos a morir porque no llevábamos en los bolsillos nada más que veinte euros, el estruendo de un helicóptero sobre nuestras cabezas y un foco superpotente hicieron que nuestros corazones saltaran de espanto. Entonces escuchamos unas órdenes en alemán a través de un altavoz.

—Achtung, Achtung! Stehenbleiben! Keine Bewegung!!



El calvo se tiró al suelo todo lo largo que era y nosotros salimos en estampida hacia la cafetería para escondernos. Fue como en las películas de aventuras. En cuanto nos sentimos a salvo nos pegamos al cristal que daba al aparcamiento donde se desarrollaba la acción. Vimos cómo el helicóptero se posaba con suavidad en la explanada mientras el tipo permanecía inmóvil en el suelo como un pasmarote, protegiéndose la cabeza con los brazos.

Bajaron tres policías y lo esposaron en un pispás. Conversaron unos minutos a cara de perros. El tipo se dio por vencido y sacó su móvil, probablemente «para hablar con su compinche», aventuró mi madre.

A los quince minutos habíamos recuperado nuestra vieja Volkswagen Reynoceronte, con los espárragos un poco alicaídos, pero en buenas condiciones. Una nueva rociada de hielo, y revivieron.

Saludamos agradecidos al padre de Carlota, que era el jefe de la misión, y subimos al helicóptero. Un policía se quedó a cargo de la furgoneta para limpiarla y llevarla a la Spargelfest mientras nosotros, con una caja de espárragos, llegamos a casa de Carlota, donde nos esperaba mi amiga, su madre y...

—¡Pensábamos que no llegaríais nunca! Olvidasteis los trajes...

Mi tío Carlos, con una brecha en la cabeza, y mi padre con el brazo escayolado nos besaron la mar de contentos. Traían una enorme pancarta con palabras de aúpa y el precioso logo de Anfas con tres esparraguitos, de parte de todos ellos, equipo y colaboradores incluidos. ¡Qué enorme alegría nos dieron! Era cierto que se nos habían olvidado los trajes de navarricos. Y la música. Los padres de Carlota habían preparado la sorpresa final.

Nos duchamos en un santiamén. Más complicado fue colocarnos las antiguas vestimentas del valle de Salazar que nos regaló mi abuela Rosita.

Mi madre estaba guapísima. Vestía dos faldas largas plisadas; una negra y otra, superpuesta y más corta, de seda en color rojo cereza. Llevaba una blusa blanca de encajes con un chalequillo azulina bordado en plata y oro. El traje de Carlota era parecido, solo cambiaba la falda de seda, que era de color azul intenso, y las medias blancas, como las llevan las chicas solteras. También se trenzó su preciosa melena con cintas celestes. Yo vestía un traje negro de lana, y medias blancas.

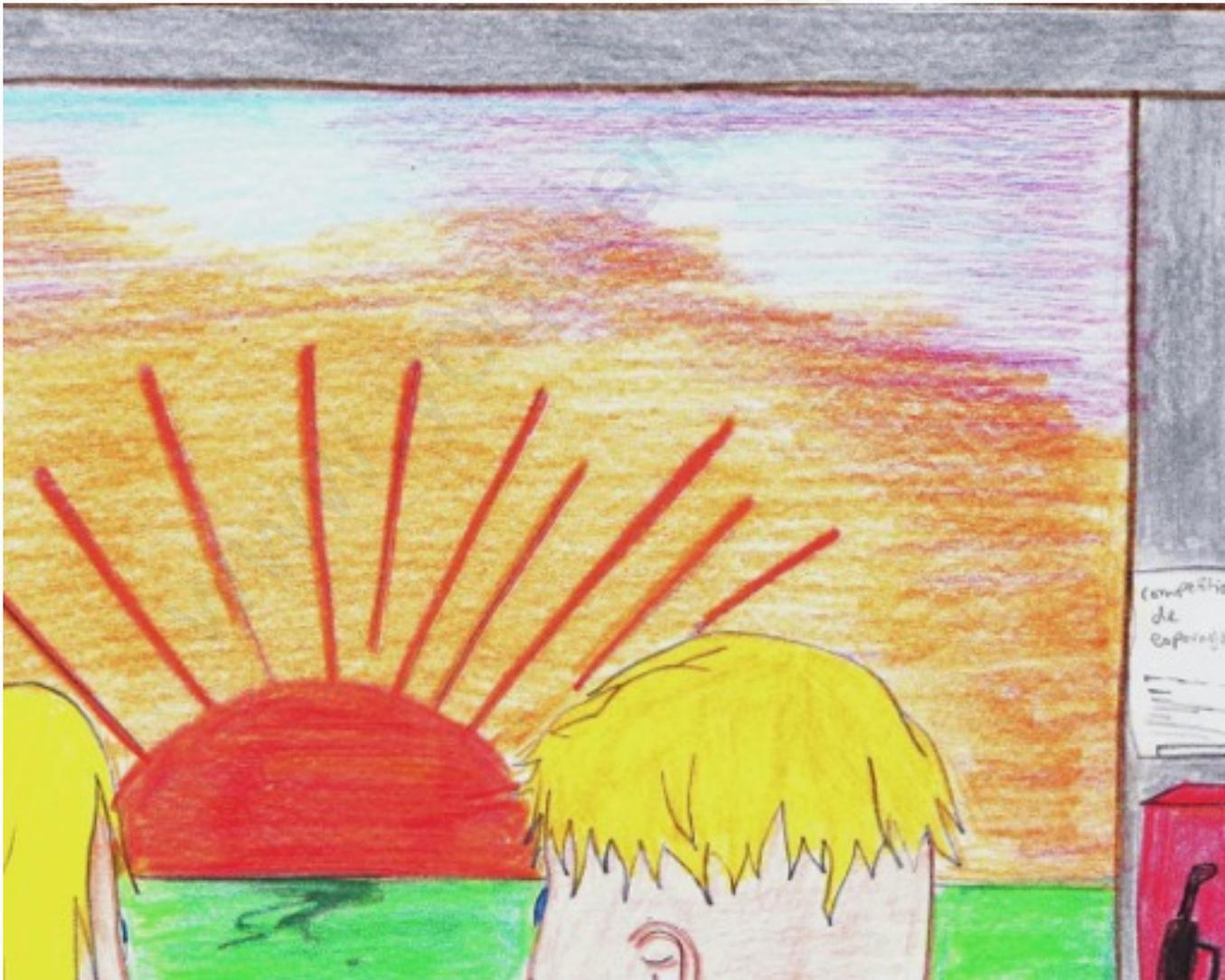
Mi padre y mi tío, que son grandes cocineros, prepararon canapés de espárrago templado con una emulsión de Buenaceite de Navarra, y una puntita de caviar. ¡Estaban de rechupete!

Nuestra caseta era de estilo tirolés y la habían decorado con carteles de Tudela y unos ramos enormes de lavanda y lirios. Y al fin apareció nuestra querida Volkswagen con su valioso cargamento de Reynoceronte Blanco, bien fresquito.

—Lo conseguimos, Jago. ¡Gracias, hijo! —Mi madre me besó emocionada.

Y así fue como el Espárrago Blanco de Navarra consiguió la Goldmedaille en la Feria de Schewetzingen, mis padres los veinticinco mil euros y el mejor distribuidor de verduras de Alemania. Y yo, el Premio Internacional de Redacción en Lengua Española por esta larga y accidentada historia, que además está basada en hechos verídicos, como las películas que más flipan. A mi amiga Carlota le emocionó tanto esta aventura que ahora tiene claro que quiere ser pintora y vivir en una granja.

Fin



La editorial

Somos un grupo de padres y madres que nos hemos ido dando cuenta de lo difícil que es para nuestros hijos que lean hoy en día, y que además esa lectura les proporcione algo de formación y diversión al mismo tiempo. Aprender divirtiéndose es lo mejor que les podemos ofrecer.

Sobre todo nos referimos a los libros de uso en los colegios, tanto de lectura como de texto. Nos gustaría que esos libros que usen fueran más dinámicos y divertidos, pero a la vez educativos.

Así que nos hemos propuesto hacer libros divertidos y modernos. Libros educativos y útiles que les atrapen y desarrollen su imaginación, y que puedan utilizarse en colegios como libros de apoyo.

¡Y lo mejor, es que fueran gratuitos!

Con este reto nos juntamos y empezamos a crear: eligiendo temas interesantes, adaptando las historias, disminuyendo los textos pero ampliando el tamaño de las letras, insertando ilustraciones en cada página, con dibujos modernos, para centrar su atención en lo esencial y al mismo tiempo dejar volar su imaginación, con diversión, contando historias reales o imaginarias.

Y así, al final lo hemos agrupado en un proyecto que nos llena de ilusión. Lo llamamos Editorial Weeble.

Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender, en especial de los más pequeños y jóvenes.

Apostamos por la sencillez y la diversión para fomentar el aprendizaje y desarrollo.

<http://www.editorialweeble.com>

Un saludo,

El equipo de Editorial Weeble

¡Espárragos en apuros!

Autora: Carmen de la Rosa

carmen.delarosa@goya.eu

Ilustraciones: Jaime Lacalle Castillo

Biblioteca de Miss McHaggis

missmchaggis@gmail.com

Patrocinador:



CONSERVAS ANGEL RIA S.A.

© Carmen de la Rosa

© 2014 Editorial Weeble

info@editorialweeble.com

<http://www.editorialweeble.com>

Madrid, España, marzo 2014



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-SinObraDerivada 3.0